

LA VOLUNTAD DEL PADRE Y DEL HIJO

Pastor Oscar Arocha

9 de Marzo, 2008

Iglesia Bautista de la Gracia

Santiago, Republica Dominicana

“Más os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” Juan 6:36-38

Este pasaje habla sobre el gran asunto sobre todo asunto, la salvación del ser humano, y su mensaje es muy claro, que tanto Dios Padre, como Su Unigénito Hijo Jesucristo tienen su voluntad en recibir y perdonar a los pecadores, leámoslo con interés y alegría: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero.” (v38-39). Si hay joyas que la humanidad ha preservado por miles de años, cuanto más el Omnipotente puede y quiere guardar el alma de los que creen en Cristo por toda la eternidad, y no sólo guardarlos, sino y sobre todo, darles esto: “Vida eterna.” La vida que ahora poseen los hombres no es buena, sin embargo hacen todo lo posible por no perderla, cuando más desear esta, que es buena vida y por siempre.

Esta oferta es la esencia, medula y corazón del Evangelio, y comprobado por este mensaje: Que Dios y Cristo están deseosos y totalmente resueltos de salvar algunos pecadores. No a los medios pecadores, sino a los completos; personas viles, malvados, impíos, transgresores, inicuos, y rebeldes. No hay una declaración más agradable a todo quien tenga algún temor de la muerte: “Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero”.

El sermón será así: **Uno**, Explicando el Pasaje. **Dos**, Algunas lecciones a los pecadores.

I. EXPLICANDO LAS PALABRAS DEL PASAJE

Estos tres versículos pudieran ser titulados así: Tener fe no está en poder humano: “Más os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis.” (v36). La salvación es obra divina: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí.” (v37). La comisión de Jesús es salvar: “Al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” (v38).

La fe no está en poder humano. Leo el verso: “Más os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis.” Nótese que empieza con una partícula gramatical de contraste: “Más os he dicho.” O que hubo previas palabras, mírelo: “Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo. Le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.” (v33-35). Su pedido no fue humilde, sino jactancioso; les parecía que podían hacerlo por ellos mismos, como si les fuera suficiente que Jesús les diera los materiales y ellos hacer el resto; entonces Jesús le dice que no está en hombre alguno poder darlo, sino sólo en Dios. Recuerde que no creían que Jesús fuese el Hijo de Dios sino un ser humano, de oficio Rabí o maestro de las Escrituras. Aislado la declaración será más fácil verlo: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. Más os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí.” Le vieron con sus ojos, conversaron con El, pero no como Aquel quien salva, y el Único que puede dar completa felicidad al ser humano. Así ahora, muchos le ven como un buen hombre o buen maestro, pero no más. Como si Jesús les hubiese dicho: No le pidan a ningún hombre que les haga creer en el Mesías, eso sólo Dios lo da, pero tengan por seguro que cuando da fe, esa fe los trae a

mí. Algo es bien claro en estos hombres: Al ser humano siempre le ha parecido que la fe es un asunto fácil. Y Jesús siendo el Salvador procura sacarlos del error, y les dice que no es así, que sólo la operación del poder del Creador puede darla: “Fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos.” (Col.2:12). En esto se distingue la falsa de la verdadera, una es hecha por el hombre, y la otra sólo bajo la operación del poder de Dios.

La Salvación es Obra Divina. Así leemos: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí... Esa es la voluntad del que me envió.” (v37). En este mundo hay un grupo de hombres y mujeres que fueron dados por Dios Padre al Señor Jesús. Ellos son los elegidos, no porque haya algo bueno en ellos, sino que fueron señalados por pura Gracia. Todos fueron hechos por el mismos Dios, de la misma masa de la nada y todos han pecado. Tu alma fue contaminada al igual que la de los otros, aun así Dios en Su buena voluntad y placer te señaló como uno de los Suyos. Y Cristo descendió del Cielo con el propósito de buscar estas personas, y entregarse por entero para que ninguna se pierda. Esto es algo de tanto peso que para el Señor Jesús los asuntos de Su padre en salvar a los hombres es aun más mucho más importante que los suyos propios, aun como miembro de la familia de José y María; óigalo: “Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lc.2:49). Entonces es propio que hable de esta manera: “al que a mí viene, no le echo fuera.” (v37). Esta es la gloria de Su Gracia, como está escrito: “¿Acaso Esaú no era hermano de Jacob?, dice Jehová. Sin embargo, yo amé a Jacob y aborrecí a Esaú” (Mal.1:2-3); todos los hombres son iguales, la diferencia en la elección lo hace la Gracia de Dios. He aquí la razón o causa absoluta de la elección: El buen placer de Dios.

Pregunta: ¿Cuáles son las razones de la elección? La razón es dada por Cristo en estas palabras: “Sí, Padre, porque así te agradó” (Mt.11:26). La supremacía de Dios sobre todas las cosas en los cielos y en la tierra, le hace libre para escoger o rehusar a quien El quiera. Y no es porque tú tengas mejor disposición que otros, pues hay hombres y mujeres que tienen mejor temperamento que tú, no obstante fueron pasados por alto. Mire el triste caso de un joven de buen temperamento que fue dejado: “Entonces al mirarlo Jesús, le amó y le dijo: Una cosa te falta: Anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres; y tendrás tesoro en el cielo. Y ven; sígueme. Pero él, abatido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones” (Mrc.10:21-22). Este hombre fue mejor que el ladrón en la cruz, no obstante fue dejado, y el bandido escogido. La razón de su proceder: “Esa es la voluntad del que me envió.” La salvación es obra divina.

La comisión de Jesús es salvar. Leo: “Al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” (v38). Estas palabras no deben ser entendidas como si estuviese comprometido a no echar fuera los que vienen a El, sino más bien que la puerta está abierta para recibir a todos los que quieran venir. Es una invitación abierta a los que no han venido. Nótese el orden: “Le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. Más os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. Al que a mí viene, no le echo fuera. (v34-37). Como si les dijera: Tengan por seguro que aun cuando han dudado de mí, aun cuando no puedan producir fe por ustedes mismos; vengan; no les echaré, sino que les recibiré con entusiasmo, con amor; pues a eso me enviaron, a buscarlos y llevarlos a Dios. El asunto es que donde quiera que se predique este hermoso Evangelio, siempre habrá un hombre o una mujer de espíritu manso que aceptará la invitación. Cristo lo dice, y enfatiza: “Al que a mí viene, no le echo fuera.”

Enfoquemos esta frase: “No le echo fuera.” Es expresión corta, pero de amplio y fortísimo contenido, que Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo están comprometidos a recibir y salvar por siempre a los que confíen en el Señor Jesús. Así que, en esta pequeña frase podemos ver el Gran Corazón de Dios en salvar a los pecadores. Leo de nuevo: “Más os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” (v36-37) Esto es, ustedes me buscaron con una motivación mala, mercenaria, además no tienen capacidad de creer por ustedes mismo, aun así, vengan, confíen en mí, y como estímulo agrega dos negativas: “No le echo fuera... no

para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” (v37).

Sus argumentos. Preguntemos al Señor Jesús. ¿Por qué tú estás tan entusiasmado en salvar a los impíos? Y El responde: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” Dice dos razones; la primera: “Porque he descendido del cielo.” Y la segunda: “Porque no es para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” Veamos esto en detalle.

Primer argumento: La travesía: Yo vengo del cielo a buscar lo que se quieren ir al cielo. A personas sedientas de felicidad aquí y después de la muerte. Yo vengo por ellos porque no pueden hacerlo por ellos mismos; son pecadores no pueden producir fe. Es corriente que quienes están en alta posición social y económica no se fijan, ni les interesan los que están en baja, solos los visitarían por una razón poderosa, y eso es lo que Jesús dice: “He descendido del cielo.” O he venido a favorecerlos, vengan a mi, y los salvaré por siempre; los llevaré al Cielo. Ningún mortal sabe donde está, ni como llegar al Paraíso. Así está escrito: “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne... De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda sólo; pero si muere, lleva mucho fruto.” (Ro.8:3; Jn.12:24).

Segundo argumento: El encargo. Leo: “Porque no es para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” Esto es, que el Padre me envió con el propósito de recibir y salvar a los pecadores. Al leer el texto parecería como si Jesús hiciera su obra involuntariamente, pero que siendo el Padre mayor que El, entonces El lo hace. Pero no, su significado es que tal empresa de salvación no nació aquí abajo, sino que nació en el Padre. La salvación de los impíos que creen en Dios no se inicia en la tierra, ni con la venida de Cristo, sino que empezó en el cielo, antes de la creación del mundo. Dicho de otro modo, que antes que hubiesen criaturas en la tierra o en el cielo, ya el plan de salvación había sido hecho, y llegado el tiempo empezó su ejecución. Eso es un argumento tan poderoso que el apóstol Pablo dice en otro lugar estas palabras: “Por lo cual estoy seguro que ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Ro.8:38-39). Dicho de otro modo, que siendo el hombre una criatura, entonces ni que el mismo Creyente un día quiera dejar de ser salvo, no podrá ir al infierno, sino que Dios lo predestinó para vivir por siempre en el Cielo.

La explicación de los tres versículos fue desglosada así: Tener fe no está en poder humano: “Más os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis.” (v36). La salvación es obra divina: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí.” (v37). La comisión de Jesús es salvar: “Al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” (v38). Luego le preguntamos a Jesús: ¿Por qué tú estás tan entusiasmado en salvar a los impíos? Y respondió con dos argumentos: Primero: “Porque he descendido del cielo.” Y segundo: “Porque no es para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.”

LECCIONES APLICAR

1. Hermano: Cristo es diligente en salvar los perdidos, seamos diligente en buscarlos. Lo que mantiene los hombres lejos de la salvación es que no conocen la mente del Salvador. Para el Señor Jesús es asunto de suma importancia si los hombres creen o no, ya que vino al mundo a eso mismo, que los hombres que lo quieren sean salvados del pecado y la condenación eterna. Si ellos no quieren salvarse, entonces El cumplió su misión de venir y cumplir la voluntad de Dios, y en eso será glorificado. Aun así, su sentir es mucho más que eso, El quiere y se deleita en salvar. Oye esto: “Os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.” (Lu.15:10). Si entre los ángeles hay ese gozo, cuanto más no habrá en el corazón de aquel que murió para salvar al mayor de los pecadores. Y en la búsqueda de los elegidos, Jesús no es como nosotros que nos cansamos del esfuerzo, porque cuando queremos y nos dedicamos a buscar algo, no ponemos sino una parte de nuestras facultades; pero Cristo entregó todo Su ser para buscar y salvar a los perdidos. Por tanto, levantemos no sólo acciones de gracias, sino también diligencia en buscar a

los perdidos y traerlos al Salvador Cristo Jesús.

2. Amigo: Siendo ese el corazón de Cristo, hoy mismo ven a El. Ya tú sabes como sería su corazón contigo si ahora mismo le pides que te salve, de seguro que te salvará. A eso vino, y por eso mismo murió. Los que le crucificaron no sabían esto, y los que hoy no creen tampoco; pero tú no lo ignora, tú lo sabes. Y aunque no esté aquí Su Presencia corporal, sí Su llamado. Por eso, te invitó a que le pidas en tu corazón, y aunque quien esté a tu lado no te oiga, Cristo sí te oirá, y te salvará como si estuviere a solas contigo en una habitación, porque Su amor es de dimensiones infinitas para los que invoquen Su Nombre, óyelo: “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado.” (Jn.3:18). Te pregunto: ¿Quieres tú salvarte o ser condenado en el infierno? Si quieres salvarte, Cristo mucho más que tú. Pero si lo rehúsas, ten por seguro que serás condenado. Ven ahora mismo, y salva tu amor por el sólo creer en Jesús.

3. Amigo: Atesora en tu corazón las palabras de fe, y ruega a Dios que les de vida a esa palabra. Es cierto que ningún hombre es capaz de hacer germinar una semilla, sin embargo el hombre hace su parte y deja los resultados en manos del Creador; el agricultor la siembra confiado que Dios la hará crecer. Pues, con la fe te invito hacer lo mismo. Apréndete de memoria palabras de fe, o siémbrela en tu corazón y ruégale al Señor que le de vida, que la haga germinar en el terreno de tu alma. Ahora te doy varias semillas para que la siembres en tu mente:

“Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.” (1Ti.1:15).

“Mirad a mí, y sed salvos.” (Isa.45:22).

“Cristo murió por los impíos.” (Ro.5:6).

“El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna.” (Jn.5:24).

“Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.” (Ro.10:13).

De uno de estos versículos de Su Palabra, lo aprenderás de memoria, y les dirás a Dios: Tú eres bueno, y te goza en hacer el bien, te alegra cuando un pecador se arrepiente, ahora te ruego, dame fe en Cristo: Señor sálvame.

AMÉN